

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días

Sócrates fue diálogo, hasta el mismo momento de la muerte y el camino a su última morada. Esta forma de texto dialógico es muy característica en Dors, tanto en su expresión literaria como en su pensamiento filosófico. Toda su obra literaria está llena de diálogos, unas veces insertos en sus textos, otras en que todo el texto puede calificarse de diálogo. Entre los primeros podemos citar Eugenio y su demonio, del Epos de los destinos, la aparición celeste de la bien plantada, en el final de la novela, o el encuentro de Lidia con Xenius en el cielo empírico, en su novela La verdadera historia de Lidia de Cadaqués. Así como fragmentos de su Hualba, la de mil voces. Entre los segundos, es decir, diálogos propiamente dichos, además de este que ve hoy por primera vez la luz, pueden considerarse como tales oraciones de la vida. A Madona Blanca María, 1899.

Diálogos con los estudiantes de la amistad y el diálogo 1914. Aprendizaje y heroísmo 1915. Y grandeza y servidumbre de la inteligencia 1919. Cuando yo era metalista 1920. Diálogo del paseo de escollera 1920. Los diálogos de la pasión meditabunda 1922. El diálogo con Homero Ciego titulado el poeta ciego 1924. Y el diálogo con el agua tranquila o el lago titulado cuando ya esté tranquilo 1927. Eugenio Dors afirmaba ya en su decálogo de la sencillez. El primer mandamiento de la sencillez es el diálogo. El diálogo mantiene siempre a flote nuestra conducta con la continuada disciplina del contraste. El diálogo es para él una norma de vida, de conducta y una manera de espiritualidad. Que cada uno desvele.

y cultive lo que en él hay de angélico en amistad y diálogo. También es un método que permite la claridad del pensamiento. Todo monólogo es por naturaleza descabellado. Gracias al diálogo el alma de otros penetra intersticialmente en la nuestra. Así el peine en el remolino de la cabellera en desorden penetra y con desembarañarla la adecuenta. Para Dors el diálogo no sólo es una forma de filosofar sino que está identificado con el propio pensar. El pensamiento es diálogo. Diálogo de una filosofía con otra, de un hombre con otro y en último término diálogo interior de la conciencia con la superconciencia, con el ángel. Pensar es siempre pensar con alguien, es decir, diálogo. El pensamiento filosófico no es para Dors lógico sino dialógico y dual. Diálogo de una filosofía con otra, de un hombre con otro y en último término diálogo interior de la conciencia.

Eugenio Dors fue un hombre socrático de espíritu. Al igual que Sócrates, su literatura y su filosofía son expresión del fuego del espíritu. No son un *ergon*, cosa, sino una *energeia*, energía. Dors logra esta vivacidad filosófica y literaria mediante dos procedimientos típicamente socráticos. El diálogo y la ironía. Por eso, Eberhard Vogel dice que Dors es el Sócrates de la moderna España. Un testimonio más del espíritu socrático y del estilo helénico de Dors son las siguientes palabras suyas. Para todo buen griego, el hablar va tan unido al pensar como para el semita rezar y recitar. La oración del semita es justamente eso, oración. Algo en que participa siempre su os, su boca. Para un griego, el hablar no será aislado del pensar. El *logos* es un objeto que se puede utilizar para hacer cosas.

Es a la vez lo uno y lo otro. Entendió siempre el pensamiento como un diálogo silencioso del alma consigo misma y el diálogo con los demás como un pensamiento sonoro. Sócrates es un buen heleno. Piensa hablando y habla pensando. De hecho, de él ha salido el diálogo como modo de pensamiento. Poetas, yo os lo digo. Vuestros hijos no mueren. Todas las

criaturas de la fantasía, todas las encarnaciones de ideal alumbradas en el sagrado momento de la inspiración, son los que nos han dado la oportunidad de vivir.

Viven fuertes e inmortales en tierra misteriosa donde no imperan leyes de espacio ni de tiempo. Todas se unen en romería de armonía. Gritan los héroes homéricos como si estuviesen aún delante de los muros de Troya y cerca de sí siente todavía Mireia rendida el dulcísimo desfallecimiento místico. Resuenan mezclados los ecos que cantan el alma cruel de Safo con los que encienden el espíritu divino del alma de San Juan de la Cruz. Discurren enlazados los brazos de la Teresa de Ausias Mark y Madonna Laura del Petrarca y el hálito de un Prometeo y el hálito de un Hamlet y el hálito de un Harold no llegan a apagar la canción suavísima de la casta Matilde deslizándose gentilmente por los floridos caminos del bosque paradisíaco. Rama y Otelio, Beatriz y la Celestina, el caballero Don Quijote y el doctor Fausto todos estáis aquí condenados a perdurable existencia con el que os he dicho.

el mismo carácter, las mismas pasiones y los mismos dolores con que los concibió el artista. Y a su costado los mil hijos del sueño, bravos adolescentes matadores de gigantes, guerreros vestidos de hierro, batiéndose arduamente con horribles monstruos. Las buenas hadas dispensadoras de Mercedes, brujas andrajosas de ojos de oliva, riendo fatídicas en brazos de las tinieblas. Los druidas consejeros, los tres reyes portadores de juguetes, el judío errante en su inacabable camino, la hermosa princesa dormida por cien años. La cenicienta, perdiendo el minúsculo zapatito, las mujeres flores de la sensual montaña y por encima de todos, tal vez presidiéndolos a todos, el olimpo helénico, sueño de alegría y armonía, risa madrugadora, tejida de bellísimas fábulas vencidas en el mundo, más triunfante de las que se han visto en el mundo. En el misterioso y caótico mundo de la fantasía.

La Iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días También están aquí en esta tierra de la poesía y de los sueños dos condenados memorables. El filósofo tal y como se nos aparece en las obras de Platón, en aquellos diálogos que son poemas, y la joven cautiva, triste heroína de la elegía de Andrés Chenier. Y he aquí que llega el día del castigo y los encierran a ambos en una misma celda el tiempo de una noche para beber dos copas de cicuta. Cuando llega este momento Sócrates acaba justamente de tener con su discípulo Critón a la hora de ir a la iglesia de Jesucristo de los Santos de los Últimos Días.

aquel inmortal diálogo del deber. Ella tiene todavía en los labios el último doloroso acento de la elegía. Yo no quiero morir todavía. Él con su cabeza encanecida marcha serenamente a la muerte. Ella, pobrecilla, se aferra a la vida con todas las ansias y las fuerzas de su juventud. Y los dos condenados se saludan, se miran con lástima y se hablan. Escuchadles. Tú eres la otra, la muchacha. Sí, vengo a morir contigo. Y soy inocente. Como yo. Por eso sabremos morir con serenidad. Ningún remordimiento. No, no me llames. No, no, no. No, no, no, no, no. No, no, no, no. No, no, no, no. I'm not dead. I'm so innocent. No, no, no, no. No, no, no. No, no, no. No, no, no, no. No, no, no. No, no, no. You're dead.

remordimiento turbará la augusta paz de nuestra agonía. Y si supieses la amargura de morir tan joven. Cuando en el banquete de la vida recién comenzado, mis labios tan solo han mojado la copa un instante. En mis manos todavía llena. Cumpliremos nuestro deber. Ahora mismo acaban de ofrecermela la huida. Mas un hombre digno de serlo debe preferir mil veces

la muerte a lo propio de una cobardía. Mas yo no quisiera morir todavía. Morir. Morir. ¿Sabes tú qué es la muerte? Atiende. Yo no me engaño. Estoy en los instantes en que un hombre piensa con más claridad. Cuando la muerte se acerca. ¿Qué es la muerte? Una de dos. O aniquilación absoluta o primera. O la muerte de un hombre. ¿Qué es la muerte? Una de dos. O aniquilación absoluta o primera. O aniquilación de todo sentimiento. O como suele decirse.

El cambio de lugar que el espíritu ocupa. Si fuese privación de todo sentimiento, si reposo inalterable que no turbase ningún mal sueño, ¿qué mayor dulzura se podría desear? Mas no, no. No es el aniquilamiento lo que espera a nuestra alma. Porque este anhelo misterioso que se agita en el fondo de nuestra alma y en nuestro ser, has de saber que es inmortal. Pero yo no quiero morir todavía. Escucha. Escucha, recógete en ti misma y recuerda. No has pensado nunca en las alas de tu espíritu. No has sentido como detrás de los grandes sentimientos y las cosas sublimes las alas se agitaban firmes e intentaban volar. No has experimentado jamás la atracción de los horizontes lejanos, las altas tentaciones del infinito. Sí, sí, sí.

Sí, sí, no puedes negarlo. Entonces, alégrate. La hora ha llegado. Recógete, muchacha. Recógete. ¿No sientes ahora mismo como si nos llamasen voces celestiales? Son los bienaventurados que nos esperan, vestidos de gloria, cantando en coros armónicos su inalterable felicidad. Sentados en el banquete de las esencias, en la misma mesa que las once tribus de espíritus puros, presididos por el supremo amor que rige el orden soberano y pasea doquier la mirada serena. Más allá de la bóveda celeste, en región que ningún poeta cantará jamás dignamente, se oyen las supremas melodías del convite. Y por todos los ámbitos del empíreo, rueda y resuena la fresca risa de los inmortales. Sí. Pero... ¿Estás enfadado? Sí. ¡Más azores son take, punto! Buen piñón ur wider. Sube, sube yo uno a la esta... ¡Ahí prise otro el tiempo al uno después a la otra! ¡Tecano, menudo un permiso! Esto no demora, no me porque dé igual si Oriol es más solutiono.v

Yo no quisiera morir todavía. A la eterna fiesta estamos convidados. Tenemos la mesa preparada. Alegría divinal. Como se empequeñecen a tu lado las miserables dichas de la tierra. Ya espero impaciente el momento de la volada. Esta noche he tenido un sueño. Sí, me ha parecido ver cerca de mí una dama gentil y bellísima que me ha susurrado al oído con suavísima voz. Dentro de tres días estarás en la fértil flía. Yo también he soñado. Cosas pasadas de mis primeros años. He visto la masía de mis padres. Blanca entre el verdor. Y el jardín. Y los bosques umbríos. Y el mar.

y un cielo totalmente azul y un sol ya no veremos más el sol muchacha otro lucirá pronto en los ojos de nuestra alma disfrutaremos de la luz de la luz más alta y nuestra vista gozará como de un festín y en esta luz pura sin sombra de promiscuidad material las eternas esencias las almas inmortales de las cosas que locos buscamos en vano en esta vida sin avistarlas porque un velo de carne miserable no deja que nos lleguen sus radiantes resplandores oh sol infinito alumbramiento que nos ciegas plena satisfacción de todas las ansias felicidad perdurable beatífica visión de la luz por la rendija penetra un tímido rayo de luz

Es de día. Pronto, pronto vendrá el día. La hora pasa. Sí. Acabemos de prisa, Valor. Hija mía, somos inocentes. Vayamos tranquilos a la muerte. Sí, vamos. Llenan las copas. Oh, tú,

gran providente, padre misericordioso de toda criatura, escucha nuestra súplica. Te pedimos que veles sobre nosotros para que hasta el último suspiro conservemos la serenidad digna de nuestra racional naturaleza. Que ninguna pasión cobarde turbe la solemne majestad del supremo instante. Brindamos. Lo cuela.

Chocan las copas. Beben. Un largo silencio. Adiós. Abracémonos. Se abrazan. Otro largo silencio. ¡Ay! Ahora todo ha acabado. Me has robado la vida, ladrón. Me la has robado con mentiras. ¡Ladrón y traidor! En tu cuerpo joven la sangre corre más deprisa. Ya te hace efecto el veneno. Recuérdalo. Hemos pedido una muerte serena. ¡Ladrón! ¡Ladrón! ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó? ¿Qué pasó?

La muchacha cae en tierra. El filósofo comienza a sentir los efectos del veneno. Largo silencio. Padre. Hija. Volvedme a decir aquello tan hermoso de hace poco. Sócrates está arrodillado delante de ella. En las regiones etéreas, más allá de la bóveda celeste y del ejército trémulo de estrellas, está el palacio de la felicidad. Los espíritus nos esperan. Vendrán a recibimos a medio camino. Envueltos en un rayo de la luz infinita. La vida está...

pisada de lirios en rosas eternamente olorosas, música de arpas y salterios, sonará dándonos la bienvenida y los coros de bienaventurados tirarán sus cánticos. Abramos el espacio, son el viejo y la virgen son inocentes, vienen puros y sin mancha. Sí, sí. Mueren ambos serenamente. No, no, no. No, no, no.

Fin